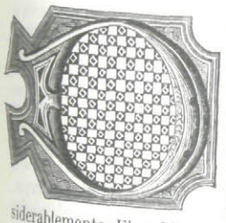
NÚM. 26. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 30 DE JUNIO DE 1861.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs., un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

AÑO V.

REVISTA DE LA SEMANA.



Dentro de breves dias, segun anuncian los periódicos, se va á sacar á pública subasta la construccion de cuarenta y seis mil fusiles rayados, amen de las treinta y seis mil carabinas encargadas al estranjero, y en cuya construccion se adelanta considerablemente. El gobierno quiere que en todo lo que resta de año tengamos disponibles como cosa de unos trescientos mil fusiles de todos tamaños y clases, quinientos cañones rayados de bateria y otras muchas piezas para los diferentes servicios. No tenemos que dar nuestra opinion sobre el asunto, sino solo referir el hecho, y el hecho es que en el año que viene, si queremos matarnos, ya unos con otros, ya con algun prójimo de fuera, no ha de quedar por falta de instrumentos.

Segun se van poniendo las cosas tal vez el año que viene trescientos mil fusiles sean poco. El Austria tiene hoy sobre las armas cerca de setecientos mil hombres; Francia mas de quinientos mil; Rusia cuenta con un ejército mayor que el de Jerjes que reunia un millon de hombres; en Prusia todo el mundo es soldado; cada año va creciendo en todas partes el personal y el material de la guerra, no obstante que en el dia estamos en plena paz; y si hoy en plena paz la Europa tiene en general y cada nacion en particular un ejército mayor que cuando ardian en crueles guerras á principios y mediados del siglo ¿qué será si la guerra estalla de nuevo? El problema difícil vendrá despues: el soldado es un ser muy necesario para la guerra y muy útil para la defensa de un país; pero no mantiene, sino que por el contrario es mantenido; no produce, sino que al contrario consume; ahora bien, el problema que habrá que resolver es: cuando todos seamos soldados ¿quién nos va á mantener? No quedando sino las mujeres disponibles para todos los oficios, artes y profesiones, habrá que entregar en sus manos la agricultura, la industria y el comercio. Veremos trasformada la sociedad en un momento: en una calle leeremos en letras gordas á la puerta de un establecimiento: *Vino de la propia cosechera*: en otra *Doña Juana Fernandez, se encarga de demoler casas* y *fabricarlas de nuevo por un módico precio: Doña Lucia Pertierra, materialista, fabrica ladrillos, tejas y baldosas: Blasa Martin, se hierra á fuego y en frio: De la posada de doña Tecla Zorongo salen las galeras de la acreditada Petra Faltriqueras*, ordinaria de Trujillo, Badajoz y sus inmediaciones: Almacen de chacós y gorras de campaña de *Vicenta Cabezones*, proveedora del regimiento núm. 897 de línea: *Dolores Cosio*, sastra del 234 de cazadores, especialidad en ponchos y bombachos. Los periódicos, que serán tambien redactados, compuestos, tirados y repartidos por mujeres, anunciarán que las insignes escritoras públicas *Doña Eulalia Afanes* y *doña Concha Placeres*, despues de haberse llenado mútuamente de desvergüenzas, han tenido esplicaciones en el terreno del honor. De esta manera los correos serán correas; no habrá carteros sino carteras; en vez de consejos tendremos consejas, en lugar de serenos serenas; los canteros serán canteras y los corredores corredoras.

Mientras llega este tiempo, lo mejor es hacer lo que los quintos: divertirse sacando á lucir la bandurria hasta que llegue la hora de cargar con el chopo y la mochila. El tiempo convida; los dias están serenos y las noches frescas; las veladas de San Juan y de San Pedro se han celebrado en toda España con una animacion estraordinaria. Alguna que otra puñalada ha venido, en Madrid principalmente, á poner fin á la diversion; pero el año que viene ya se habrá olvidado, y esos fines de fiesta pocas veces se pueden remediar.

Hoy se celebra en Madrid otra solemnidad, como dia señalado para la presentacion pública y solemne de la infanta recien nacida en el templo de Atocha. La iglesia está decorada con el mayor lujo y la córte trata de lucir toda su pompa.

Noticias de Roma presentan la salud de Su Santidad en muy mal estado. El Papa, que tiene ya una edad avanzada y cuya salud debe de haberse resentido á causa de los disgustos porque viene pasando desde 1849, padece ataques de epilepsia que en poco tiempo se han renovado de una manera alarmante, hasta el punto de impedirle en muchos dias salir de sus habitaciones. En estas circunstancias ha sido reconocido por la Francia el reino de Italia, y no con las reservas esplícitas que en Roma se esperaban, sino con vagas condiciones que hacen depender la ocupacion francesa del juicio y criterio peculiar de Luis Napoleon. Si Pio IX llegase á fallecer en estos momentos serian de temer graves complicaciones en Occidente.

Mientras tal era el estado del jefe del catolicismo, el del islamismo pasaba de esta vida á la otra en edad temprana, aunque gastada su existencia por los escesos. Su muerte puede ser de suma trascendencia, porque habiéndole sucedido su hermano Abdul-Azis, que pasa por ser cabeza del partido musulman fanático, es de temer que este partido, viéndose en el poder, adopte una conducta hostil á los cristianos, que ocasione una formidable y nueva guerra de Oriente.

¡Oh prevision de la diplomacia europea! En Roma, ciudad civilizada sigue la ocupacion francesa por el temor de que fallezca el jefe del catolicismo; y en Turquía en vísperas del fallecimiento del jefe del islamismo y de su sustitucion por un enemigo de la cristiandad, se da por terminada la ocupacion de Siria y evacuan los franceses el país. Dentro de poco oiremos que en el Líbano ha vuelto á comenzar la degollina.

¡Qué tempestad social tan terrible se condensa sobre la humanidad entera! En Europa, en Asia, en Africa, en América, en todas partes se respira un aire mefítico y la atmósfera necesita sin duda purificarse; mas para ello ¡cuántas desgracias, cuántas catástrofes traerá consigo la tormenta!

La censura eclesiástica ha debido temer algo de esto cuando segun parece ha impedido por ahora la circulacion de una obra del reverendo padre fray Atilano Melguizo, titulada: *Mas son los que se salvan que los que se condenan*. Aunque no habiéndose publicado, no hemos tenido el gusto de leer esta obra, el título nos interesa mucho por lo que tiene de consolador, filosófico y cristiano. No creemos que la censura se oponga al título y esperamos que mediante las esplicaciones que dé el padre Melguizo de los pasajes que hayan parecido dudosos, obtendrá el permiso para la publicacion. Por lo demás, el reverendo no debe estar descontento de este pequeño percance bajo el punto de vista de la propagacion de su libro, porque el alicientillo de la primera prohibicion duplicará por lo menos el número de sus lectores.

El corresponsal en París de un periódico de Londres que se publica allí en español, dice que en la capital de Francia se preparaban las habitaciones de un palacio comprado por la reina Cristina en los Campos Elíseos para alojar en agosto á la reina Isabel. Supone el susodicho corresponsal que S. M. se trasladará luego desde

París á Marsella y desde Marsella á Roma para visitar al Padre Santo, á quien desea conocer personalmente. Todas estas suposiciones parecen á los diarios que de ellas hablan bastante aventuradas. A nosotros nos parece muy difícil de realizar un viaje de esta especie, pero no lo tenemos por absolutamente imposible.

La Zamacois se ha presentado en Jovellanos en el papel de *Catalina* en la Zarzuela de este nombre, habiendo obtenido gran cosecha de aplausos. Hoy será el último dia de funcion de la temporada en este teatro, cantándose *Una vieja* por la Ramos y una aria de *Campanone*, por la Santa María. Para la próxima temporada se dice que están ya contratadas la Rivas y la Murillo: son dos perlas que con la Ramirez y la Zamacois, la Mora y Santa María completarian un aderezo.

El Príncipe cierra tambien sus puertas: los demás teatros las tienen hace tiempo cerradas: así, pues, la temporada teatral ha concluido. Los circos están de enhorabuena.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

ISLA DE SANTO DOMINGO (1).

CREENCIAS Y TRADICIONES DE LOS INDIGENAS.

PRIMITIVOS POBLADORES.—CREENCIAS.—HAITI CENTRO DEL MUNDO.—CREACION.—ORÍGEN DE LOS ASTROS.—PRIMEROS HOMBRES.—DILUVIO UNIVERSAL.—RELIGION.—ZHEMIS.—SACERDOTES.—ORÁCULOS.—MEDICINA.—FESTIVIDADES.—VIDA FUTURA.—CEREMONIAS FÚNEBRES.—JUEGOS.—MATRIMONIOS.—PUEBLOS.—VIVIENDAS.—TRABAJOS AGRÍCOLAS.—CAZA Y PESCA.—GOBIERNO.—CACIQUES.—DIVISION GEOGRÁFICA DE LA ISLA Á LA APARICION DE LOS PRIMEROS ESPAÑOLES.

No podemos en un trabajo de esta índole estendernos á profundas consideraciones, acerca del orígen de la poblacion de Santo Domingo, el mismo, sin duda, que el de las demás grandes y pequeñas Antillas. Solo en una historia general de América tendrian estas investigaciones su verdadero y amplio lugar. Dada la unidad de la especie humana, siendo el Asia su cuna, preséntanse al historiador dos distintas hipótesis para esplicar la poblacion de América.

La suma estrechez del paso de Behring que permanece durante algunos meses del año cubierto de espesos hielos, la existencia de un continente entre el Asia y el Nuevo Mundo, que en época mas ó menos remota haya sido sumergido en el fondo del Océano Pacífico, dejando solo para atestiguar su existencia las crestas de las mas elevadas montañas, que hoy forman numerosos continentes ó ambas causas combinadas entre sí, son suficientes para darnos una satisfactoria esplicacion del orígen de los habitantes del continente americano. Poblada la tierra firme, no necesitamos insistir en el orígen de los pobladores de las Antillas, mucho mas si tenemos en cuenta la multitud de arrecifes y bancos de arena que se encuentran en aquellos mares, señales evidentes de grandes hundimientos, que pudieron separar aquellas islas del continente de que formaron parte.

En todos los pueblos primitivos que se encuentran en los primeros pasos de la civilizacion, predomina, ante todo, el espíritu de individualismo y supremacía, que les obliga á considerar á los demás pueblos como inferiores y sumidos en la barbarie. Así, al aparecer ante los absortos indígenas del Nuevo-Mundo los españoles, al percibir su inferioridad con respecto á los europeos; antes que suponer que existia en la tierra un pueblo que hubiese alcanzado ya una superior civilizacion y cultura, los consideraban como otros tantos seres sobrenaturales, bajados de las regiones celestiales.

Por eso, aun cuando la isla de Haiti solo sea un pequeño punto perdido en la inmensidad del Océano, no estrañaremos que sus moradores colocasen en ella la cuna del humano linaje. Para ellos no existian otras tierras que su isla y las que les rodeaban, y si estendiendo su vista por el horizonte, percibian algunas otras, la distancia que de ellos les separaba, las achicaba considerablemente, y las montañas que á lo lejos percibian eran solo miserables colinas, comparadas con las cimas del Cibao.

Los caribes, raza guerrera, que asolaba de vez en cuando con sus atrevidas incursiones las costas de la pintoresca Haiti, moraban en las pequeñas Antillas, y cuando algun prisionero arrebatado por estos terribles enemigos, y conducido á alguna de las islas caribes, podia volver á pisar el santo suelo de la madre patria, debia establecer comparaciones desfavorables siempre para el territorio ocupado por los enemigos.

Haiti, pues, segun sus creencias, era el centro del mundo, y su territorio habia existido antes que ningun otro. En él habia nacido el primer hombre, de él habian salido el sol, la luna y los demás astros que pueblan el éter. Existe todavía á algunas leguas del cabo Francés una gruta que ocupa un lugar importante en las tradiciones indígenas. En el principio todo permanecia en la oscuridad, en el caos, hasta que de esta caverna, de unos doscientos piés de longitud, por ciento cincuenta de altura, y en cuyo techo existe una abertura próximamente redonda, salieron el sol y la luna para alumbrar al mundo. Esta caverna, larga y estrecha, y que por su regularidad parece mas bien que engendro caprichoso de la naturaleza, obra del arte, era objeto de gran veneracion. En ella se encontraban algunos ídolos, y á semejanza de los árabes, iban los indios en peregrinacion á este santuario, llevando para impetrar el favor de la divinidad, ofrendas que consistian en flores y frutas.

Entonces á la puerta de la venerada gruta se abandonaban al canto y al baile, con cuyos ejercicios creian captarse las voluntades de sus grotescos dioses.

En esta gruta, sencilla parodia de los templos subterráneos, de la arquitectura india, tallados en la roca, encontrábanse tambien colocados en algunos nichos abiertos en los muros, pequeñas divinidades de formas groseras y de incorrecto dibujo, adornados de verdes y frescos ramos, que la piedad y respeto religioso de los indígenas renovaban sin cesar.

Pero si los astros, que vagaban perennemente por el azul del firmamento, y que las creencias de los sencillos habitantes de Haiti revestian de un carácter sobrenatural, habian merecido el honor de engendrarse en la gran caverna, el humano linaje reconocia mas humilde cuna. Otra caverna mas pequeña que la anterior le sirvió de orígen.

Largo tiempo vivieron condenados á la oscuridad, pues la luz del sol los convertia en árboles y piedras, si tenian la imprudencia de aventurarse demasiado lejos de la caverna, que les servia de habitacion: pero la desgracia de un pescador á quien el sol sorprendió á la orilla del mar, y que fue convertido en pájaro de melodioso canto, redimió de este pecado original á todo el linaje humano, que pudo mostrarse á la faz del dia sin esperimentar peligro alguno.

Desde entonces se fueron esparciendo paulatinamente por toda la isla, y valiéndose de frágiles canoas formadas de troncos de árboles ahuecados por el influjo destructor del fuego, pudieron surcar las ondas del proceloso Océano, y distribuirse por las numerosas islas del Archipiélago.

Tambien encontramos entre las primitivas tradiciones de los indígenas el recuerdo de un diluvio universal. Hé aquí la causa que reconoce este importante acontecimiento, y que por su nimiedad pinta el verdadero carácter de aquel pueblo niño.

Uno de los mas poderosos caciques de la isla dió muerte á un hijo suyo, por haber conspirado contra él. Conformándose con las costumbres de los naturales limpió algunos de los huesos del rebelde hijo y los encerró en un calabozo para conservarlos como imperecedero recuerdo. Un dia la calabaza que estaba colocada encima de la choza que hacia las veces de palacio real, cayó rodando al suelo y se hizo pedazos. Del seno de aquella nueva caja de pandora, salió un inmenso raudal de agua con toda clase de peces. La tierra se anegó por completo, quedando solo libres de la furia de aguas las elevadas crestas de las montañas que formaron otras tantas islas (1).

Su religion es otra prueba mas de la unidad de la especie humana, y demuestra de un modo indudable, que si las primitivas tradiciones pueden adulterarse al través del tiempo y de la distancia, no se borran jamás por completo.

Reconocian un Ser Supremo, de quien todo dependia, y que á semejanza del Júpiter Olímpico padre de los dioses y de los hombres, era no solo superior á los simples mortales sino tambien á las divinidades subalternas. Inmortal, omnipotente, eterno habitador de los cielos, no era sin embargo increado y reconocia un orígen; pero esto en nada amenguaba su poder. Este ser no tenia forma alguna determinada, porque ninguna era capaz de limitarle. Por eso jamás le representaban en sus rústicos templos ni en sus veneradas grutas; ni le dirigian preces ni oraciones, pues estaba demasiado elevado, demasiado distante de los hombres para que pudiera escucharles.

Los zhemis, divinidades subalternas, que poblaban el aire la tierra, los bosques, las montañas, las rocas, los árboles, los rios, los torrentes, las fuentes, que dirigian el rayo, que turbaban los vientos, elevaban las olas del Océano y finalmente imperaban en todo lo que en la tierra se presenta vivo y animado, eran los intermedios entre el hombre y la Divinidad Suprema.

Por eso poblaban con sus imágenes los templos y las casas, los colocaban en los parajes públicos, pintarrajeaban su cuerpo con sus grotescas formas, y como los egipcios, se servian de amuletos, que tenian grandes virtudes, que protegian á quien los llevaba de los peligros, y en las batallas eran su mejor custodia, su mas salvador escudo.

Fabricábanse de madera, piedra y algunas veces de barro, adornándolos con pequeños trozos de oro nativo y sus formas eran en general monstruosas como procedentes de un pueblo, cuyas nociones estéticas no estaban desarrolladas, y que no tenia el mas ligero instinto artístico.

Cada tribu, cada individuo y cada familia tenia los suyos, que guardaba con especial cuidado, porque en su conservacion se cifraba la suerte del poseedor, y por eso no debemos estrañar que á la llegada de los españoles los ocultasen cuidadosamente, y que estos los buscasen con afan á causa de las partículas de oro de que estaban adornados.

Los sacerdotes (*Bucios*) si bien no formaban una gerarquía especial, una casta superior á las demás, estaban rodeados de grandes consideraciones, y recibian como prenda debida á su elevado carácter, el respeto y veneracion de los indígenas.

Causaban la admiracion del pueblo por los ayunos y repetidas mortificaciones que se imponian, con lo que daban á sus consejos y preceptos gran autoridad. Embriagándose con la infusion de ciertas plantas, pretendian prever lo futuro, y eran consultados en los casos graves, especialmente antes de las batallas. Entonces las contestaciones de estos sacerdotes tenian todo el carácter de vaguedad que observamos en las de los oráculos antiguos, que solo podian descifrarse despues de verificados los acontecimientos.

Dedicábanse tambien como los sacerdotes egipcios y como los druidas de los celtas, al estudio de las propiedades medicinales de las plantas, y á ellos solos estaba encomendada la curacion de las enfermedades. Valíanse para este objeto, además de las plantas y yerbas, de ceremonias y ritos estraños, súplicas á los zhemis, cantos estravagantes, con todo lo cual creian librar al paciente de la enfermedad. Esta la consideraban siempre como un ser maligno que se apoderaba de los individuos y creian que al lanzarla del cuerpo del paciente, se refugiaba en las montañas, su morada habitual (1).

Las festividades de los indígenas de Haiti eran verdaderas romerías. Señalado el dia de la festividad juntábanse para este objeto los individuos de una tribu, con sus presentes que consistian en frutos agrícolas, y que habian de servir de ofrenda para la divinidad. Adornados de sus mas preciosas alhajas y haciendo sonar á la par que sus gritos y alaridos, rústicos tambores, se dirigian á la choza que hacia las veces de templo. Allí entregaban á los sacerdotes las ofrendas; estos distribuian parte de ellas entre la multitud que las conservaba como preciosa reliquia; entregábanse á danzas y juegos de destreza, entonando himnos en honor de los héroes y varones célebres, terminando esta escena con una invocacion á la Divinidad, para que se mostrase siempre propicia á la tribu (2).

Las nociones de la vida futura y de la inmortalidad del alma, aunque solo percibidas vagamente por la rudimentaria inteligencia de aquel pueblo primitivo, jugaban no obstante un papel precioso en sus creencias religiosas. En la bella provincia de Jaragua, en uno de sus mas hermosos valles colocaban su paraíso. Allí discurrian las almas por la noche, respirando el aura perfumada de aquellas encantadoras comarcas, y alimentándose con el fruto del *mamey*, ocultándose á la vista de la aurora para no dejarse ver de los vivos.

Vagaban durante el dia por las mas elevadas crestas de las escarpadas rocas, presentándose algunas veces á los vivos amenazándolos por sus vicios, y desvaneciéndose repentinamente si se veian perseguidas.

Conservaban como piadoso recuerdo algunos restos de sus difuntos parientes, lo que dió márgen á que los españoles creyesen en un principio que se alimentaban de carne humana. Quizá con el mismo fundamento se atribuyó esta costumbre á los habitantes de las islas caribes.

A los caciques cuando morian les abrian el cuerpo, estraíanles las entrañas y los secaban, guardándolos despues cuidadosamente fajados con bandas de algodon (3). ¿Quién en esta costumbre no observará alguna semejanza con el especial cuidado con que conservaban los egipcios los cadáveres?

Sus diversiones consistian únicamente en danzas y bailes, que tenian ya carácter guerrero, ya religioso. Acompañábanse en estos ejercicios con instrumentos rítmicos, formados de la corteza de árboles, y de las conchas de algunos moluscos. Al propio tiempo entonaban con tono grave y pausado largas canciones ó romances en las que se recordaban los fastos mas principales de la tribu, las hazañas de los caciques mas esforzados y de los varones mas célebres. A falta de literatura, á falta de anales y crónicas escritas, los acontecimientos históricos se conservaban por medio de la tradicion oral. Sabiendo lo que esta se desfigura al través de los siglos, no nos debe coger de sorpresa que los historiadores contemporáneos, solo hayan podido recoger algunas ligeras nociones acerca de sus principales creencias.

Ademas del baile, ocupábanse tambien en el juego llamado *batos*. Era el *bato* una esfera groseramente hecha de una materia dura; pero ligera y porosa. Este juego tenia lugar en una plaza que en todos los pueblos habia para este objeto y consistia en lanzar la bola, no con la mano, sino con la cabeza, los hombros, los codos ó las rodillas, ganando el que la lanzaba mas lejos. Las victo-

(1) Véase el número anterior.

(1) Oviedo. Crónica de las Indias.

(1) Herrera. Décadas.
(2) *Jaccroix*. Historia de la isla de Santo Domingo, tomo I.
(3) Pedro Mártir.

rias obtenidas de los enemigos celebrábanse tambien con danzas y emborrachándose con el humo de tabaco. Es curioso el modo con que le usaban. Colocaban las hojas algo húmedas sobre las ascuas y encima un tubo de caña bifurcado por la parte de arriba, cuyos estremos se metian en las narices, aspirando de esta suerte el humo que se introducia por el tubo. Los indígenas daban el nombre de *cohiba* á esta planta y el de *tabaco* al tubo que dejamos descrito.

En lo que hace relacion á los matrimonios, no habia regla fija en cuanto al número de mujeres que podia tomar cada varon, si bien generalmente se practicaba la monogamia. Los caciques solian elevar el número de sus mujeres hasta veinte y algunas veces mas. El parentesco no era obstáculo y solo se prohibia el enlace entre hermanos.

La isla de Hayti, segun el testimonio de los historiadores contemporáneos estaba bastante poblada. Algunos hacen subir á tres millones el número de sus habitantes; otros rebajan mucho esta cifra que á no dudarlo envuelve gran exageracion; pero podemos decir que era una de las mas pobladas de las Antillas, y que mantenia en su seno segun los cálculos mas razonables mas de un millon de indígenas.

Las poblaciones, generalmente de poca consideracion, componíanse de algunos centenares de chozas, fabricadas en su mayor parte de estacas clavadas en el suelo entretejidas de ramaje y cubiertas con ramas de palmera de indias, ó con las colosales hojas del cocotero. Afectaban en gran parte la forma cónica, y las mayores tenian un rústico pórtico formado tambien de algunos troncos de árbol y cubierto de ramas. Regularmente en medio del pueblo ó tolderia encontrábase una gran plaza para las ceremonias y diversiones públicas, y que servia de punto de reunion para toda la tribu. Las residencias de los caciques soberanos, especie de capitales de aquellos Estados salvajes, eran de mayor consideracion, conteniendo algunas de ellas hasta dos ó tres mil habitantes. La vivienda que hacia de *real palacio* en nada se diferenciaba de las demás, á no ser por su mayor capacidad, necesaria para albergar el *serrallo* del príncipe.

De necesidades muy limitadas, sus muebles y utensilios se reducian á algunas *hamacas* de algodon, groseras vasijas de barro para preparar los alimentos, redes y otros aparejos de pesca y finalmente arcos y flechas, para la guerra y para la caza de los pequeños cuadrúpedos que les servian de alimento.

La feracidad espontánea de la isla, cuyos frondosos árboles y arbustos, ofrecian en todas las épocas del año sus sazonados frutos, la estrema frugalidad de los indígenas y su aversion á los penosos trabajos del cultivo, son causas mas que suficientes para que la agricultura estuviese todavía en la infancia.

En efecto, solo haciendo un esfuerzo de imaginacion podremos considerar como agricultura el cultivo de algunos pocos campos, de algunas vegas y valles, sin que para ello se empleasen mas aperos que una simple estaca puntiaguda. Para abonar la tierra que habia de ser sembrada, quemaban antes las yerbas, luego con un palo removian algun tanto la capa mas superficial del terreno; sembraban las legumbres, el maiz, la casaba y demás productos indígenas, cubriendo apenas las semillas, no volviendo á ejecutar trabajo alguno hasta la época de la recoleccion. De estos frutos, separaban los mas sazonados y mejores para el cacique, pareciéndoles una profanacion tocarlos, luego que se les habia dado este destino.

La feracidad de la isla suplia á esta imperfecta agricultura. Los árboles y arbustos producto espontáneo de aquellas comarcas, les ofrecian sus sazonados frutos, contribuyendo de esta suerte á fomentar la indolencia de los indígenas á los que no aquejaba ninguna necesidad perentoria.

Y como si esto no bastase, los bosques y florestas encerraban multitud de pequeños cuadrúpedos, y los ríos y las vecinas costas gran profusion de esquisitos y sabrosos peces. Por eso la caza y la pesca eran ocupaciones ordinarias de los indígenas, que buscaban en ella á la par que solaz y divertimiento un medio de satisfacer sus necesidades. Empleaban para estos ejercicios las flechas que manejaban con estraordinaria destreza y las redes fabricadas del algodon que abundaba en la isla, y que les servia además para sus sencillos trajes.

Como sucede en todo pueblo primitivo el gobierno era completamente patriarcal, y por lo tanto despótico; si bien este despotismo estaba templado por las estrechas relaciones que unian entre sí á los individuos de una misma tribu y por la suavidad de las costumbres, que se observaban en aquel pueblo indolente y al parecer satisfecho con su destino.

La reunion de algunas familias formaba la tribu gobernada por el cacique, y esas tribus á su vez constituian un Estado mas ó menos estenso, á cuya cabeza estaba un cacique principal, al cual rendian homenaje todos los demás.

La dignidad de cacique lo mismo que el mando supremo eran hereditarios, si bien no estaban asignados de derecho al primogénito, sino al mas digno. Si el cacique no dejaba sucesion, se nombraba el nuevo cacique de entre los hijos de su hermana para evitar de esta suerte todo peligro de que entrase á tomar parte del gobierno sangre bastarda. Los súbditos debian al cacique la mas absoluta obediencia, el mas profundo respeto, debiendo contribuir para su sustento con la primicia de sus cosechas; sin que por esto el cacique se considerase exento de todo cuidado, ni dejase de dedicarse ya á los trabajos agrícolas á la caza ó á la pesca para subvenir á sus necesidades (1).

Presidia las festividades religiosas y civiles en las fiestas y juegos; y en las procesiones con que se impetraba el favor de los grotescos zhemis, tocaba el tambor formado de corteza de árbol, en tanto que sus súbditos le seguian, con sencillas ofrendas, productos de la madre tierra.

A la llegada de los primeros españoles el territorio de la isla de Santo Domingo estaba dividido en distintos Estados. Los historiadores contemporáneos nos han conservado los nombres de estos cacicazgos, su situacion, estension, límites y nombre del cacique que en cada uno de ellos gobernaba.

Los españoles arribaron por primera vez á la isla en el distrito que los naturales llamaban Marieu, y en él se fundó el primer establecimiento europeo. Gobernaba en este territorio el cacique Guacanagari, que mantuvo siempre relaciones amistosas con los españoles, lo que en mas de una ocasion le suscitó la enemistad de los demás caciques. Estendíase el distrito de Marieu por la costa del Norte desde el cabo que hoy recibe el nombre de San Nicolás hasta el estremo occidental.

Otros cuatro Estados independientes se distribuian el territorio. El mas poblado, el mas fértil, y el que la tradicion de los indígenas habia adornado con mas brillantes tintas era el de Faragua, que recibia el nombre de un lago y en el que imperaba el cacique Behehio. Los indígenas de este territorio se distinguian tambien por su mayor hermosura y por lo apacible de su trato.

En el centro de la isla y en las asperezas del pico de Cibao estaba situado el territorio del cacique Cao abo, de raza caribe. Ejercia por su espíritu belicoso supremacía sobre los demás soberanos, y fue el mas terrible é implacable enemigo de los europeos.

La parte oriental, recibia el nombre de Higuei, y era el punto en que desembarcaban las espediciones que provenian de las islas caribes, causa suficiente para que sus habitantes se ocupasen con predileccion en el ejercicio de las armas, para contrarestar de algun modo á los caribes sus eternos enemigos.

Finalmente, en un pais delicioso, cultivado con todo el esmero que el atraso de los indígenas permitia, y regado por numerosas corrientes que arrastraban doradas arenas, radicaban los Estados del cacique Guarionex. Los españoles bautizaron este territorio con el nombre de Vega Real, y en un principio dirigieron sus esploraciones por aquellas comarcas.

La acogida que los indígenas dispensaron á aquellos estranjeros, á quienes creian hijos de los dioses, fue digna de un pueblo primitivo, de vida indolente y suaves costumbres. Pronto sin embargo se turbó la buena inteligencia y la guerra con todos sus horrores y calamidades se apoderó de aquellas comarcas risueñas dignas de mejor suerte. La historia colonial es en todas partes la misma.

M. GONZALEZ LLANA.

TESORO DE GUARRAZAR.

NUEVOS DESCUBRIMIENTOS.

III.

Descritos y examinados, con la minuciosidad que es posible hacerlo en unos artículos de periódico, los varios objetos nuevamente encontrados para la ciencia, de los muchos que guardaba el tesoro de Guarrazar, antes de entrar en consideraciones históricas acerca del orígen y uso de dichas alhajas, reclama mas inmediatamente la atencion del estudioso el conocimiento del arte á que pertenecen.

Averiguacion ha sido esta, que no ha parecido difícil á nuestros vecinos transpirenáicos: y alguno de sus mas eruditos arqueólogos (2) ha fijado de un modo casi decisivo, que el arte que dió vida á la corona de Recesvinto y á las demás que existen en el museo de Cluny, es un arte puramente germánico, si bien los reyes godos y sus áulicos no tuvieron necesidad para presentar en los templos sus religiosas ofrendas de buscar orfebres en el fondo de la Germania, sino que ya entre ellos debian existir renombrados artistas que pudieran labrarlas.

Respetando en lo mucho que vale el juicio de tan docto profesor, y de algun otro (3) que ha considerado las alhajas de Guarrazar obras del arte franco, nos atrevemos á fijar desde luego nuestra humilde opinion asegurando, que estas alhajas ni son debidas al desconocido arte germánico ni mucho menos al franco, sino única y esclusivamente á los artífices visigodos, interpretes de un arte que solo debia sus elementos á Roma y á Bizancio, que en nuestra patria tomó especiales caracteres y cuyos artistas, como veremos en breve, eran nombrados con encomio del otro lado de los Pirineos.

Para suponer que las coronas y demás objetos del tesoro de Guarrazar son obra del arte germánico, seria necesario antes de todo que conociéramos sus caracteres, en aquellos siglos de continua lucha para los pueblos del Norte, bien poco cuidadosos á la verdad de fundar ninguna clase de civilizacion, cuando cumplian su providencial destino de destruir al gran coloso, que cubierto con la lepra de sus vicios no podia sostener por mas tiempo su combatida existencia.

Amantes, los que no sin razon apellida bárbaros la historia, de su salvaje independencia, no podian encarnar ninguna civilizacion, porque su destino era derribar y no construir: por eso recibian el influjo de la civilizacion romana, á la vez que llevaban á los antiguos pueblos la savia regeneradora de su moralidad, pues segun la acertada espresion de César Cantú. «Si bárbaro era el hombre no estaba tan corrompido como entre las gentes civilizadas que habian abusado de todas las doctrinas y de todos los goces, ni su brutalidad era tan deshonrosa como la refinada disolucion de Roma.» Gente vírgen de las cultas emociones del gran coloso, estaba por la misma causa predispuesta á recibir el sello de la cultura que encontraba en los pueblos conquistados, cultura que acaban por imitar, y que bien pronto tomó entre ellos el espiritual carácter que la imprime el cristianismo.

La civilizacion vencida ejerce su reaccion sobre los vencedores civilizándolos; y aquellas hordas que al principio no sabian mas que destruir, cuando sienten una nueva creencia que les enaltece, cuando esperimentan las sublimes aspiraciones de la fe que animaba á los cristianos de los primeros siglos, conocen la necesidad del culto esterior; brota al mismo tiempo en sus corazones el sentimiento del arte; y al buscarle formas y encontrarse por donde quiera rodeados de las ruinas del mundo romano, las levantan en informes agrupamientos ó procuran imitarlas con torpe aunque vigorosa mano.

Pero las gentes bárbaras que se derramaron por las estensas regiones del romano imperio, no reciben todas al mismo tiempo el influjo de la civilizacion antigua: aquellas masas de tribus que empujadas por otras del Asia Superior, de la Scitia ó Tartaria, vivian entre los hielos de la Escandinavia, de Dinamarca, Rusia y Germania, hallabánse, segun la espresion de un historiador español (1), difundidas y como escalonadas, desde la estremidad septentrional de Europa hasta las fronteras del imperio romano; y segun su mayor proximidad al corazon del coloso, así recibieron el influjo de su cultura.

Antes de la general invasion y del completo triunfo que divide en girones el imperio, la vida de aquellas hordas era tan primitiva, nómada y errante, que apenas podemos entrever entre las espesas brumas que velan su historia, no ya cual era su civilizacion, pero ni aun siquiera sus costumbres: su manera de ser está perfectamente sintetizada en las siguientes palabras del escritor hace poco citado: «La superabundancia de poblacion unida á la esterilidad de aquellos helados y rigurosos climas les hacia apetecer y buscar un sol mas claro y suelo mas fecundo. Tribus nómadas y guerreras, obligaban á los pueblos vecinos á cederles su territorio, y los mas fuertes lanzaban á los otros de las comarcas que ocupaban ó les forzaban á sometérseles.» ¿Qué artes podian desarrollarse á la sombra de tan rudimentaria sociedad? ¿Cuáles son sus elementos? ¿Cuáles sus caracteres? ¿Cuáles los restos que nos han quedado de aquellas tribus en esos primeros dias de su aparicion en la historia?

No creemos que al asegurar Mr. de Lastery que las coronas del tesoro de Guarrazar pertenecen al arte germánico, pretenda enlazar el siglo VII con el siglo V. Y sin embargo, si las seguras reglas de la generacion del arte han de ser una verdad, no se comprende exista en una época determinada un arte cualquiera, sin que sea el sucesor mas ó menos inmediato de otro primitivo.

Los orígenes del llamado germánico por Mr. Lastery, ó hay que buscarlos en los primeros tiempos de aquellas hordas invasoras, donde ni aun huellas del arte nos encontramos, ó hay que hallarlos (y á él sin duda se refiere dicho escritor) en el segundo período de la vida de esos pueblos, cuando reciben el influjo de la civilizacion romana. Y puesta la cuestion en este terreno, que desde luego es donde creemos la habrá colocado el entendido anticuario ¿para qué buscar fuera de nosotros el arte á que pertenecen estas coronas, cuando la historia, á poco que nos fijemos en ella, nos presenta de la manera mas natural y sencilla sus orígenes y procedencia sin recurrir á forzadas invenciones?

Varias fueron las razas, ó si se quiere pueblos, que de la gran masa de invasores vinieron á establecerse en nuestra península. Los alanos, de orígen scico que habitando en un principio entre el Ponto Euxino y el mar Caspio, despues de haberse estendido desde el Volga hasta el Tanais, vencidos por los hunos, tuvieron que refugiarse, parte en el Cáucaso, y los otros hácia el Báltico, donde se asociaron á las tribus septentrionales de Alemania para hacer la guerra á los godos.—Los vándalos, raza germánica que habitaba en la costa sep-

(1) Pedro Mártir: Crónica de las Indias, parte I.

(2) Mr. Lastery.

(3) Véase *La Correspondence littéraire*, marzo de 1859.

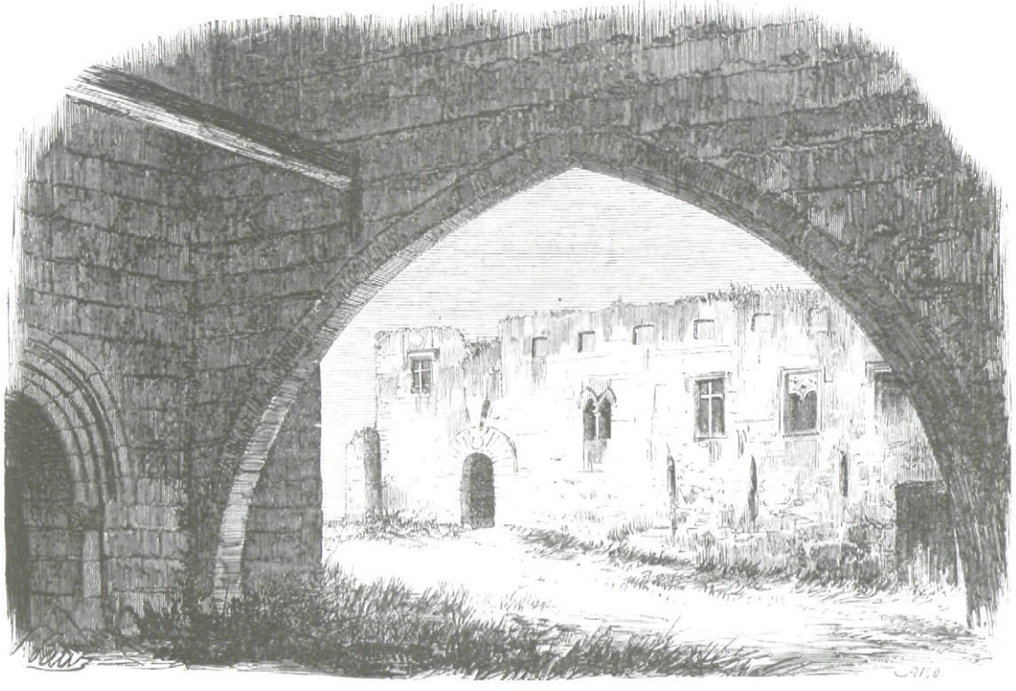
(1) Don Modesto Lafuente.

COLEGIO DE LA PAZ.—EL COMEDOR.

tentrional comprendida desde la embocadura del Vistula hasta el Elba, invasores de la Pannonia y que pelean como sus compañeros los alanos, contra los godos. Enemigos tambien de estos, desde el Oder hasta el Danubio se estendian los suevos en el interior de la Germania; y estos tres pueblos que parecen competir en bárbara rudeza; cuyo desconocido culto solo se rendia á una espada clavada en la tierra; cuyas ceremonias religiosas eran sacrificios humanos; cuyo vestido le formaban sus propios cabellos, compitiendo con las ásperas pieles que á retazos cubrian su cuerpo; cuyo único placer era el esterminio y su mayor gozo convertir las ciudades en inmensos desiertos, cayeron sobre España apoderándose los primeros de la Luisitana, los segundos de la Bética y los últimos de Galicia.

Por ventura, del seno de tantas tribus bárbaras habia brotado la de los godos, providencialmente colocada en aquel escalonamiento de pueblos incultos, la mas cercana á la opulenta Roma. Originarios del Asia aunque establecidos en la Escandinavia, estendiéronse tanto por los confines de Asia como por los de Europa en las costas del Báltico y entre el Tanais y el Danubio. Las apacibles márgenes de este último rio detienen sus pasos, y pueblo dedicado no solo á la guerra, sino al utilísimo arte de la ganadería, hace larga parada en aquel punto hasta que «engrandecidos ellos y próximos á la civilizacion, no tardaron en chocar con el mundo civilizado. Vencidos siempre al principio, no por eso desmayaban ni dejaban de repetir sus incursiones; y al tiempo que los visigodos con sus continuas acometidas iban debilitando el imperio romano recibian á su vez en sus rudas imaginaciones las impresiones de la civilizacion. Poco á poco se iban endulzando sus costumbres con el ejemplo de lo que veian, el aspecto de las ciudades en que entraban les inspiraba admiracion, respeto, deseo de imitacion; las relaciones de los prisioneros mismos les hacian comparar las privaciones de su condicion inculta y grosera con las comodidades y los goces de los pueblos cultos; iban penetrando en ellos las artes del mundo griego y romano, y hasta las ideas del cristianismo pasaron el Danubio y fueron á enseñarles la escelencia y las ventajas de una religion y de unas costumbres tan distintas del culto grosero y de los hábitos feroces que ellos de sus bosques traian.» De esta manera con tanta exactitud presentada por el señor Lafuente, preparábase para el pueblo visigodo la época de su completa regeneracion.

El empuje de los mismos bárbaros le lleva hasta las puertas de Roma; y establécese cerca de ella; y forma parte de sus ejércitos; y sostiene, con verdadero amor hácia la antigua civilizacion que ve hundirse, el ya vacilante imperio romano, hasta que la voz providencial que gritaba á Alarico *anda y vé á destruir á Roma*, le lleva en victoriosa marcha á conquistar las ciudades romanas, dejando solo *la vida*, segun la enérgica contestacion del godo, á los habitantes de la gran ciudad.



VISTA DEL SEGUNDO RECINTO DE LA ENTRADA, PASADA LA PUERTA DORADA.—POBLET.

La fe, sin embargo, hacia ya sentir su civilizador influjo entre los godos; y los templos cristianos y los vasos sagrados, y los objetos del culto, se preservan de la general desvastacion con religioso respeto por los conquistadores. La antigua cultura romana bajo el dominio de los godos entrevée una nueva aurora; Ataulfo declárase decididamente su protector, y esposo de Placidia, hija de Teodosio y hermana de Honorio, acepta lo mismo en su traje que en las ceremonias de su córte, y hasta en las costumbres de sus guerreros, el traje, las ceremonias y las costumbres de los romanos, tomando bajo su poderoso patrocinio las artes de los vencidos.

Casi al mismo tiempo que en el imperio de Occidente lucia para el arte el astro de Ataulfo, en Oriente educábase el gran Teodorico que continuando la obra de aquel, sostuvo con firme mano la cultura romana, salvando con incansable solicitud las obras del arte, de las que decia *¿cómo no hemos de admirar estas bellas obras cuando hemos tenido la felicidad de verlas?* y para cuya conservacion creaba un cargo de inspector de los edificios, encargándole *vigílase la construccion de los monumentos antiguos y construyese otros nuevos, á los cuales no faltase para igualar á los primeros mas que la vetustez* (1).

Roma, Rávena, Pavia, Terracina, Monza, y todas las ciudades del imperio que cayeron bajo su poder, no solamente vieron conservados los monumentos que pudieron salvarse de la general ruina, sino que enriquecidos con otros nuevos, dieron elocuente testimonio del instinto civilizador de Teodorico. Los artistas eran objeto de las mayores consideraciones del rey y de sus áulicos, admirando el primero los vastos conocimientos que necesitan poseer, y condecorando al arquitecto conservador é inspector de los edificios con una vara de oro, designándole puesto delante del monarca mismo, á fin de que, segun sus palabras, nunca pudiese olvidar este *cuán importante es para los reyes el que sus palacios revelen su magnificencia.*

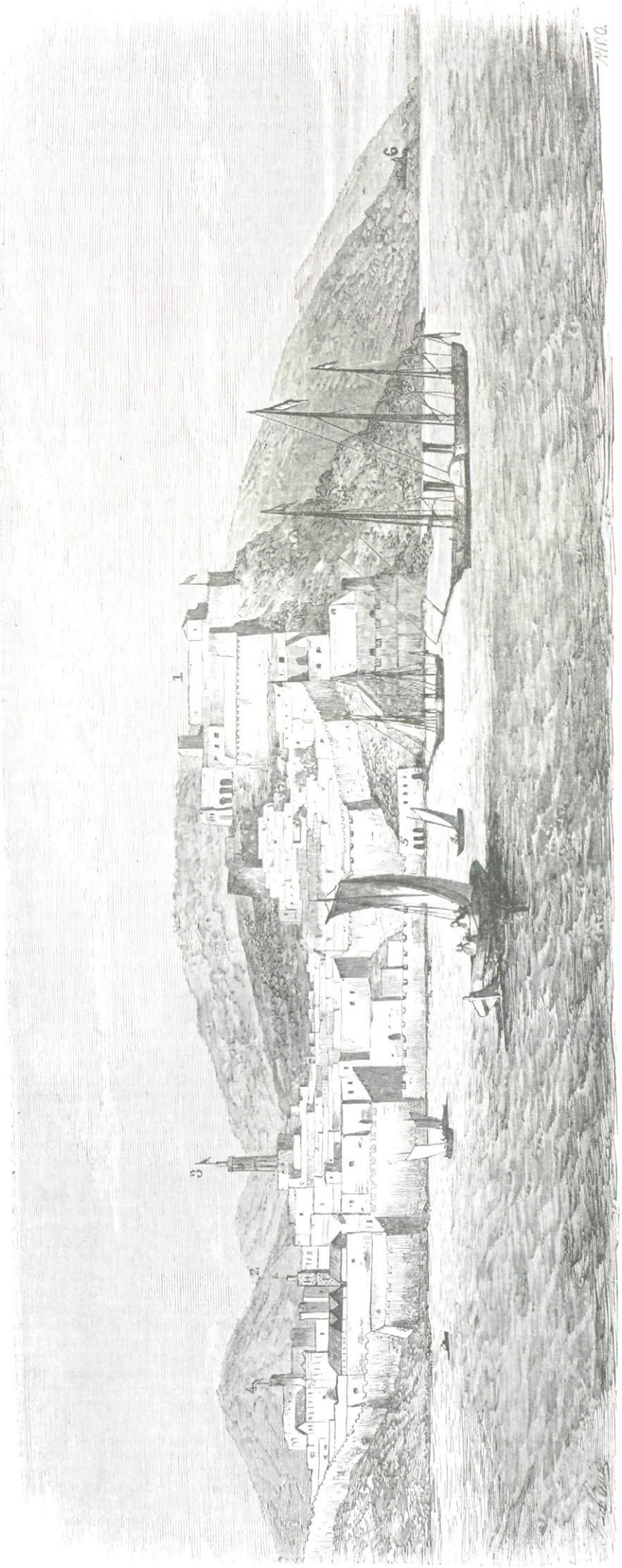
Los godos, pues, si alguna vez llevados del providencial impulso que les guiaba á destruir á Roma pudieron arrasar sus edificios, bien pronto se convirtieron no solo en admiradores sino en conservadores de la civilizacion romana; pudiendo asegurarse que á ellos se debe la continuacion de aquel arte que tan ricos despojos habia dejado de su opulenta grandeza, pero que desgraciadamente á la época de la invasion de los bárbaros, se hallaba en un lamentable estado de decadencia.

No habia pasado un siglo al tener lugar este importante acontecimiento desde que Constantino primero habia dado la paz á la iglesia. Libre el culto cristiano y pudiendo ostentarse ante la faz de la idólatra Roma, necesitó templos; y no siendo bastantes, á sus ceremonias religiosas los del paganismo, construidos para una religion, en cuyos ritos no entraba el pueblo en el interior del templo, quedándose solo en el *pronaos*, sintióse muy luego la necesidad de habilitar edificios para el culto, necesidad imperiosa que hablaba mas alto que ninguna otra idea en aquellos siglos de fé. Habian ya pasado por desgracia los buenos tiempos del arte romano. Decadente y perdido su magestuoso carácter, arrastraba una existencia débil y penosa que bien dejaba presentir iba llegando el último período de su esplendor pasado. Arte nacido por el paganismo y para el paganismo no podia subsistir cuando los dioses que lo formaron caian de sus soberbios pedestales derribados por su torpe impotencia.

Pero la nueva y sagrada religion no podia en el momento de aparecer á la faz del mundo formar un arte nuevo, que estuviese en armonía con sus espirituales aspiraciones. La naciente sociedad cristiana no podia presentarse desde luego ostentando un arte nuevo; tenian que pasar los pueblos por un difícil período de regeneracion social, antes de que el sentimiento religioso enseñoreándose del arte mismo se alzara en el siglo XIII espontáneo y como producto de una sola inspiracion en todos los paises católicos de Europa, para realizar con las atrevidas combinaciones de la vertical y la ojiva el ideal sublime de los artistas cristianos.

En el siglo IV era imposible se operase esta gran evolucion. Aquellos cristianos, fija la mirada de su espíritu en la nueva creencia religiosa, no descendieron á averiguar la estrecha armonía que debe reinar siempre entre el arte y la idea. Salian de vivir en las entrañas de la tierra una existencia de persecucion y de martirio, y al verse libres, al presentarse sin temor ante la faz del mundo, no se podian detener á escoger artistas ni género de arquitectura. Edificios para su cul-

(1) Véanse las reflexiones del traductor de Vasari. Vida de Margaritone, citada tambien por el señor Assas en el artículo sétimo de la coleccion que lleva por título: *Nociones fisionómico-históricas de la arquitectura en España*, insertos en el Semanario pintoresco español del 15 de setiembre de 1857, número 37, página 290. Este entendido anticuario, uno de los primeros iniciadores de los estudios sobre la Historia del arte en nuestra patria, cita en la nota otras varias *cartas* de Teodorico y otros príncipes godos y *formulas* que se hallan en la obra titulada: *Magni Aurelii Cassiodori Senatoris V. C. Variarum libri XII*, et Chronicon ad Theodoricum *regem etc. Lugduni Apud Jacobum Chouet*, M.D.XCV. Libro IV, cartas XXIV, XXX, XXXI, y LI; lib. V cart. IX y XXXIX. lib. VII, formulas V, VI, XV y XVII, lib. IX, carta XXI; y lib. X, cartas VIII y IX.—Todas estas citas cuya exactitud hemos tenido ocasion de apreciar por el examen que hemos hecho de ellas y que no copiamos por la índole de estos artículos ya demasiado estensos, justifican mas y mas la gran predileccion con que los monarcas visigodos miraron las artes romanas, que en aquel entonces pasaban por el decadente período á que con razon denomina latino dicho entendido anticuario.



1 Alcazaba.—Habitaciones de Muley-el-Abbas.—2 Torre de la gran mezquita.—3 Torre de la mezquita alta.—4 Residencia del encargado de negocios de España.—5 Entrada á la calle del Zoco.—6 Batería del Rey negado.

TANGER VISTO DESDE EL MAR.

to es lo que necesitaban; y como el pobre, que cuidando solo de cubrir su desnudez, ni aun para mientes en los heterogéneos retazos de que forma su vestido, reunian los restos de destruidos monumentos y cuidándose muy poco de armonizarlos, levantaban sus iglesias para entregarse en ellas á las devotas prácticas de su santa creencia. Por eso, segun la acertada espresion del señor Assas, se reunieron con frecuencia en un mismo edificio miembros de distintas órdenes, tamaños, formas y proporciones; por eso las columnas unas veces se acortaban cercenándolas la base ú otra parte como se ejecutó en San Pablo y en San Estéban de Roma; otras veces se elevaban añadiéndolas segundos pedestales ó basas, como en el mismo San Estéban y en San Lorenzo de aquella ciudad; y otras se colocaban sin modificacion alguna principalmente si su longitud diferia poco de la deseada.» Las demás partes de la obra continuaban estos caracteres de decadencia y falta de unidad propios de aquel estilo nacido de la necesidad y de la fé, y que desarrollado en la parte occidental del imperio, con razon se ha calificado de estilo latino. Consecuencia indeclinable de su manera especial de ser, los muros, se presentan desnudos de ornato; y cuando la mano de aquellos artistas quiere imitar cualquier follaje, cualquier detalle del rico y profuso estilo greco-romano, lo hace toscamente, conservando solo en la forma general el recuerdo de los modelos que imita.

Tal era el estado del arte en Roma á la invasion de los bárbaros. El estilo latino difundíase con rapidez por todas las provincias de Occidente, y no hubo de ser la última que lo adoptase nuestra patria.

Contribuia no poco al triste estado por que pasaba el arte occidental, la gran predileccion que manifestó Constantino por la ciudad de Bizancio, trasladando á ella su imperial silla. Como acontece siempre, á la nueva córte refluyeron los mejores ingenios y los artistas de mas nombradía, que iban difícilmente conservando las buenas tradiciones del arte romano.

Gran movimiento y vida tomaron las construcciones en la preferida capital, que vecina de otros pueblos orientales de distinta civilizacion y arte diverso, bien pronto vió en sus edificios creaciones de artistas estranjeros á quienes protegian los mismos emperadores. Venidos aquellos de la Persia, pueblo cuya cultura ejerció grande influjo en todas las naciones vecinas, especialmente en sus artes y en su literatura, uno de los caracteres que desde muy antiguo daban á sus edificaciones era el lujo de ornamentacion, prodigando en los miembros arquitectónicos labores de prolijas combinaciones: de aquí que el arte romano al mezclarse en Bizancio con el gusto pérsico adoptara no solamente muchas de sus fórmulas en las bóvedas, columnas, arcos, ventanas, impostas, etc., sino que tambien se introdujeran y generalizaran diferentes clases de adornos entre los que fueron los mas usados el *atanrique*, los *impages*, los *arciones*, los *escamados*, las *flores* ú otros objetos, los seres de figura humana, y sobre todo las figuras geométricas en vistosa combinacion, ya de círculos, ya de cuadrados ó bien de formas romboidales.

Los visigodos hallaron, pues, imperando en Roma el decadente estilo latino; pero mezclándose en algunos de sus detalles con la ornamentacion del estilo de Bizancio.

Cuándo empezara á notarse esta influencia del arte de Oriente sobre el de Occidente, averiguacion es todavía no bastante dilucidada para poder decidirlo desde luego. El señor Assas parece dejar entrever, si bien con la circunspeccion que tanto le distingue, se estaba ya operando en el arte esa lenta trasformacion de los primeros siglos; pues manifiesta que si bien no puede asentar que en ese primer período se conservase entre los godos de nuestra patria el estilo latino en toda su pureza, puede asegurarse que antes de finalizar la monarquía visigoda á principios del siglo VIII se habian mezclado con aquel estilo algunas prácticas del bizantino. Con la erudicion que le caracteriza, aduce como prueba histórica, la venida de auxiliares de aquel imperio á instancia de Atanagildo, para la guerra que sostuvo con Agila, los que fortificados en la provincia de Cartagena quedáronse establecidos, despues de varia fortuna entre los vasallos de los godos vencedores; y que la union de las tres razas latina, visigoda y bizantina, habia de producir una fusion de costumbres y de civilizaciones que imprimiesen al arte una faz nueva, en la que se viesen reunidos y amalgamados los caracteres del estilo propio de cada pueblo; pero que como los visigodos no tenian arte propio sino el que se habian asimilado de los romanos, la fusion solo se hizo entre el arte de Oriente y Occidente, resultando un nuevo estilo al que llama no sin razon el señor Assas latino-bizantino; estilo, que como sucede siempre, lo mismo se encuentra en las edificaciones que en los objetos de uso comun y en los productos de ofebrería.

Ademas de las reflexiones aducidas por tan docto conocedor de nuestras antigüedades, hay otra consideracion para confirmar no solo dicha confusion de estilos desde el establecimiento de los bizantinos en nuestro suelo, sino para llevarla á mas lejana época. Como hemos visto en los precedentes párrafos, Teodorico, con justicia apellidado el Grande, habíase educado en Constantinopla; y allí hubo de adquirir el decidido gusto por las artes que le hizo protejerlas en tan alto grado, siendo lo natural que cuando pasó á Occidente y se apoderó de las diversas ciudades que ya hemos mencionado, no solamente desarrollase en ellas el estilo latino tal como lo toman los godos de los romanos, sino que se mezclase á sus prácticas las que estaban en boga en Bizancio, algunos de cuyos célebres *artistas marchaba delante del rey*, segun las palabras citadas de su carta.

Vemos, pues, sin necesidad de la menor violencia demostrado con la sucinta relacion de los hechos, que los godos fueron los primeros en recibir y conservar la civilizacion romana de ambos imperios, y que precedieron por lo tanto á ningun otro pueblo del Norte en la obra de su rehabilitacion á los ojos de la culta historia, pudiendo decirse de ellos que fueron para la causa de la cultura, tosca pero preciosa cadena, que enlaza en los tiempos medios el mundo antiguo y el mundo moderno.

Despues de cuanto llevamos dicho, bien fácil es deducir consecuencias. De las diversas razas del Norte que á la época de la invasion cayeron sobre el suelo de nuestra patria, los godos fueron los que por ventura fijaron en ella de un modo permanente y duradero su vencedora planta arrojando de la península á los vándalos, á los suevos y á los alanos, que como ya hemos indicado habian establecido sus salvajes hordas en diversas comarcas españolas.

Los godos, por consiguiente, estendieron el arte que traian de Italia y de Bizancio en todo nuestro suelo, llegando á tal punto su nombradía, que sus artistas eran buscados y enaltecidos por los estranjeros segun comprueba la oportuna cita que hace el señor Assas de un pasaje de la vida de San Ouen, obispo de Ruan, escrita en Francia en la primera mitad del siglo VIII y en donde se hallan las siguientes palabras: «Aquella basílica (la de San Pedro de Ruan) en que descansan sus santos miembros (los de San Ouen) fue noblemente construida, con obra admirable, piedras cuadradas y MANO GÓTICA por Lotario, rey de los francos, hácia el año veinte y cuatro de su reinado (533 de J. C.)»

Habia de consiguiente una gran distancia en estos primeros siglos entre los godos y las demás razas llamadas bárbaras, marchando aquellos al frente de la civilizacion de su época si bien seguidos de cerca por los francos cuyas grandes relaciones con los godos son bien conocidas, hasta el punto de mezclarse ambas nacionalidades, de lo que es buena prueba la cesion que Amalarico hizo á Atarico de parte de la Francia, reservándose algunos dominios en lo que entonces se llamaba *Galia Gótica*. En esta marcha de progresivo adelanto, fueron entrando mas tarde los otros pueblos del Norte, y precisamente de los últimos los germanos, algunas de cuyas razas tardaron tambien en recibir mas que los otros pueblos, las santas doctrinas del Crucificado.

Si, pues, la generacion del arte queda establecida de un modo tan natural y preciso, ¿cómo desentendernos de lo que la historia nos enseña para concluir segun pretende Mr. de Lastery, que las alhajas de Guarrazar proceden de un arte norte-germánico y no del visigodo? Para establecer esta conclusion seria necesario presentar monumentos de aquellos pueblos; y esto no se hace por el arqueólogo francés.

Diferentes objetos se ponen en parangon con los del tesoro de Guarrazar encontrados en Francia, en Inglaterra, en Suiza y en Italia; pero falta lo principal y es demostrar cómo propone Mr. de Lastery, que el arte de la orfebrería ó joyería con adornos de vidrio rojo en los calados *no fue encontrado sino importado por los pueblos invasores*. Esto último ni lo prueba ni creo pudiera hacerlo el distinguido anticuario por falta de datos. Ya lo hemos dicho ¿qué arte habian de tener unas razas en tan primitivo estado de rudeza? ¿Cómo habian de importarle los que no sabian mas que destruir? ¿Acaso por toscos que sean los procedimientos empleados en las alhajas de Guarrazar, no suponen ya un pueblo con ciertos adelantos de cultura y de buen gusto, un pueblo que comprende aunque no alcance á realizar la sublime idea de la belleza? En todos esos objetos que cita el docto anticuario no se ve otra cosa, como en las coronas de Guarrazar, que los reflejos del arte de Roma y de Bizancio, conservándose en sus adornos las buenas tradiciones del arte antiguo. El estilo latino-bizantino predominante entre los godos y demás pueblos que siguieron de cerca su marcha protectora para la causa de la civilizacion, lleva como uno de sus caracteres mas determinados la conservacion de las formas antiguas, pero desvirtuadas por la torpeza de la mano que quiere imitarlas sin conocer los procedimientos y las buenas teorías de la ciencia y del arte. ¿Quién no ve en el dibujo interior de las hojas de peral que forman los eslabones de la corona de Recesvinto y de Suintila la imitacion de conocidos adornos romanos, no solamente en objetos de lujo, sino hasta en algunos miembros arquitectónicos, principalmente en las medias cañas de las cornisas? ¿Quién no ve el imperfecto estilo latino en el capitel de cristal de roca imitando el órden corintio que le sirve de grumo? ¿C no deja de acudir á nuestro entendimiento el recuerdo del arte de Bizancio al contemplar, ya las fajas que limitan la corona de Recesvinto, cuyo dibujo es una combinacion de segmentos de circunferencias del mismo género que la faja central de la corona de Suintila; ya las arcadas de una de las coronas pequeñas; ya la forma general de las cruces; la especial de la que pende de la del último rey citado y hasta la misma estraña combinacion de las coronas que forman una especie de enrejado ó red? ¿De dónde trajeron todas estas formas los pueblos invasores, cuyo arte es desconocido, cuya manera de ser primitiva, escluye hasta la mas ligera nocion del arte mismo?

Pero la capital razon de Mr. Lastery consiste en el empleo del vidrio rojo en los calados que supone esclusivo de los pueblos de orígen germánico; y á esto contestaremos: que los trozos que él supone de vidrio rojo no son de esta materia, como ya hemos visto, sino de cornalinas; lo cual puede fácilmente comprobarse sujetando cualquiera de ellos á la accion del fuego. Que los romanos, lo mismo que los bizantinos y sobre todo en el bajo imperio, siendo muy dados al fausto y opulencia que difícilmente podian sostener, imitaban con admirable perfeccion toda clase de piedras preciosas, lo cual acaso empezó á introducirse por la gran propagacion del mosáico que les hizo imitar los jaspes y mármoles de color con pastas. Que las vitrificaciones eran ya conocidas de los occidentales y de los de Bizancio; y que por consiguiente los godos, continuadores de la decadente cultura, de unos y otros tomaron el arte de hacer pastas imitando las piedras preciosas, como se observa en las alhajas encontradas en Guarrazar que tienen gran número de ellas.

Podremos estar equivocados en nuestro juicio; pero comparándole (ya que á tanto nos atrevemos) con el de Mr. de Lastery, no vacilamos en sustentarlo, porque le encontramos directamente emanado de la natural y progresiva relacion de los hechos históricos, que vienen á formar la no interrumpida generacion del arte, mientras en la opinion contraria solo vemos una congetura aislada exenta de comprobantes históricos y artísticos.

Pero es mas: los mismos testimonios que Mr. de Lastery cita y compara con las alhajas de Guarrazar vienen en apoyo de nuestro juicio: la grande analogía que existe en la disposicion general y en alguno de los dibujos de las coronas de Recesvinto y la existente en Monza justifican nuestros asertos. Monza precisamente, fue una de las conquistas del godo Teodorico, y de las ciudades que bajo su cetro mas se enriquecieron con toda clase de construcciones y de ofrendas. Por consiguiente, en Monza como en Italia y en España y en la Galia gótica, el arte no era otro que el latino mezclado con adornos bizantinos.

Las eufonías que en inscripciones de otros objetos busca el docto anticuario, son en verdad bien débil probanza; y si de algo sirven es para justificar nuestra opinion: en el relicario de San Mauricio el nombre de *Teudericus* lleva terminacion romana con la raiz griega *Theus ó Theos*, Dios; y en él por consiguiente se entreve mas bien un orígen cristiano que germánico; los demás nombres, tales como *Nordoalaus*, *Rhilindis* y *Undiho* sobre todo los dos últimos tanto pueden ser de orígen germánico como de cuna escandinava; y el primero Nordoalaus tiene una terminacion puramente griega, cual es *laus ó laos* (pueblo). Pero sea de esto lo que quiera, y aun concediendo que tales nombres por su eufonía parezcan septentrionales, queda por resolver la cuestion, pues semejante hecho solo esplicará en todo caso el orígen de los que mandaban hacer las alhajas, mas no de los artistas que las ejecutaron.

Si faltasen razones para demostrar que solo á los orfebres visigodos pertenecen los objetos hallados en Guarrazar, serian bastantes á justificarlo las grandes analogías que se encuentran entre ellas y los monumentos españoles de los cuatro primeros siglos del cristianismo libre, y por consiguiente, de la época visigoda, que por ventura se conservan en la imperial Toledo. En el muro esterior de la arruinada Iglesia de San Ginés encuéntranse varios fragmentos, cuyos adornos están formados por combinaciones de circunferencias y segmentos de ellas, cuya simple vista trae espontáneamente á la memoria el recuerdo de las labores de las coronas de Recesvinto y de Suintila. Igual efecto produce otra faja que se halla en la construccion llamada *los baños de la Caba* y el adorno de una basa que se ve en la arquería que separa la nave mayor de la lateral de la epístola, en la iglesia de San Roman. Varios de los capiteles de esta Iglesia y con mas especialidad uno de ellos llevan hojas imitando las de acanto del órden corintio; pero cuyo rizado tiene grande analogía con el de las hojas de peral de las coronas (1); y cuando de este modo hacemos el estudio comparativo no nos es lícito vacilar un momento al establecer que tanto las alhajas del museo de Cluny como las que actualmente posee S. M. la reina, encontradas unas y otras en Guarrazar, son producto del arte visigodo continuacion del latino con influencias y prácticas bizantinas, sin recurrir de ningun modo á buscar su cuna en un arte que podemos llamar desconocido durante los primeros dias de los pueblos germánicos.

En cuanto á la opinion de otro anticuario francés, ya indicado, que pretende sean dichos objetos pertenecientes al arte franco, no entramos en discusion porque sus

(1) Estas analogías se hallan igualmente entre las coronas, y diferentes trozos de piedras labradas que descubrió la comision del gobierno en el mismo sitio de Guarrazar, y que publicará en breve con una larga y estensa memoria acerca del arte visigodo el señor Amador de los Rios. Las demás que citamos pueden consultarse en el *Album de Toledo* escrito por el referido señor Assas.

mismos compañeros la consideran como aspiraciones de un patriotismo, hasta cierto punto digno de alabanza, pero sin género alguno de confirmacion histórica. Es una hipótesis aislada; y el terreno de las suposiciones nacidas de mero *entusiasmo, no es en el* que dilucida sus difíciles problemas la crítica arqueológica. Solo indicaremos, que cuando nuestros artistas eran buscados y enaltecidos por los francos, cuando los godos eran los inmediatos sucesores de las artes romanas, no se concibe siquiera que fuesen á buscar para la fabricacion de tan preciosos objetos artistas estranjeros, en aquel período mas atrasados que los nuestros.

Bien quisiéramos dar toda la amplitud que estos trabajos requieren á las indicaciones que llevamos hechas; pero escribimos en una publicacion periódica, y temeríamos cansar á nuestros lectores si dilatásemos mas, estos ya largos apuntes. Ademas se hallan próximas á ver la luz pública, una estensa memoria acerca del arte visigodo, debida al ilustrado académico señor Amador de los Rios, y la monografía de estas coronas que él mismo escribe en union del no menos docto señor don Pedro Madrazo para la publicacion de «los monumentos arquitectónicos de España», y en tan radicales trabajos tendrán cumplido exámen y acertada solucion cuantas ideas surgen en nutrido agrupamiento del estudio de las coronas de Guarrazar.

Réstanos, sin embargo, para cumplir lo que ofrecimos al empezar estos apuntes, consignar nuestro humilde juicio acerca del orígen y uso de dichas coronas, disquisicion histórica en que tan erudito ha sabido mostrarse Mr de Lastery, y estudio que nos ocupará en el artículo siguiente.

J. de Dios de la Rada y Delgado.

MADRID MODERNO.

LA INCLUSA Y EL COLEGIO DE LA PAZ.

IV.

Graves inconvenientes ofrecia la estancia en la Inclusa de los expósitos de ambos sexos, al llegar á cierta edad, como tambien la salida de las jóvenes del Establecimiento para dedicarse al servicio doméstico, si eran reclamadas por los particulares. Lo primero ocasionaba inusitado gravámen á los fondos de la Inclusa, y lo segundo ofrecia á manos llenas ofensas á la pública moral pues sin esperiencia de la *sociedad y sin práctica en los* peligros del mundo, se perdian las muchachas miserablemente. Hé aquí por qué con toda prevision, se determinó tambien antiguamente que al cumplir los varones expósitos siete años de edad, cesase la Inclusa de prestarles sus *benéficos* socorros y pasasen á la casa llamada de Desamparados. Las jóvenes, semillero de peligros por su inesperiencia, no tenian donde recogerse si salian de la Inclusa, esponiéndose á los embates de los vicios, hasta que doña Ana Fernandez de Córdoba y Figueroa, *duquesa* de Feria, fundó espresamente para ellas, en 1679, un colegio llamado de Nuestra Señora de la Paz. Fundacion tan acertada como piadosa, que arrancando víctimas á innobles pasiones, conserva y educa para la sociedad las expósitas que de allí pasan comunmente á ser buenas madres de familia ó escelentes religiosas.

Varias fueron las *vicisitudes porque pasó el colegio* de niñas de la Paz, hasta llegar á nuestros dias en que se mantiene en estado próspero. La señora referida fundó el establecimiento por medio de un testamento y codicilo otorgado en 19 de setiembre del espresado año, y suplicó al rey se dignase colocarlo bajo su *proteccion*, nombrando un individuo de su cámara y consejo que de inspeccionase, y encargando á su esposo, don Pedro Antonio de Aragon, que al fallecer ella, comprase una casa en donde pudiesen cómodamente establecerse las colegialas y sus maestras. Hízose así, en efecto, tan pronto como ocurrió su muerte, comprándose el solar y casa en donde despues se edificó el colegio, en la calle de Embajadores, en que hoy se conserva.

Mantúvose allí floreciente por espacio de un siglo aquel piadoso establecimiento, recibiéndose solo las jóvenes procedentes de la Inclusa, ó de las amas externas que las hubiesen criado, y *solo salian para contraer matrimonio* ó tomar estado de religiosas. Pero al fin, á pesar de la sencillez administrativa de la casa, puesta al cuidado de un capellan, de una directora y dos maestras, decayó el colegio de su estado normal y tuvo que cerrarse. *Ciertamente los peligros que corrian las* jóvenes de la Inclusa al entrar en el mundo eran los mismos, y así es que se pensó pronto en la restauracion de una obra tan meritoria.

Siendo el protector del Colegio de los Desamparados y el de la Inclusa uno mismo, se creyó que bastaria para levantar la fundacion de la duquesa de Feria á su primitivo esplendor, la celebracion de un acuerdo por el cual la casa de los Desamparados se obligaba á mantener las expósitas, al devolverlas las amas, satisfaciendo por una vez 50 reales de vellon. ¡Escasa era semejante cantidad para que pudiese subvenirse á la manutencion de aquellas desgraciadas! Nada adelantó el porvenir del Colegio de la Paz con aquel arreglo. Solo cuando el rey don Carlos IV, confió el gobierno y administracion de la Inclusa á la junta de señoras, pensaron estas, llenas del celo mas laudable, en reorganizar el Colegio, como se hizo por real órden, estableciéndole á principios del siglo actual en una casa de la calle del Prado. La señora condesa de Trullás fue la principal promovedora de este asunto. Mas adelante fueron agregadas cinco ó seis hermanas de la Caridad, para prestar sus cuidados á las niñas, y posteriormente tanto la Inclusa como el Colegio de la Paz, fueron reunidos en un solo local, donde hoy continúa tambien este último, conservando rigurosamente su instituto. No en otra cosa consiste que en la manutencion y educacion de las niñas expósitas que se trasladan de la Inclusa despues de cumplir los siete años: en el Colegio permanecen á no ser que se les prohije formalmente, que las reclamen sus padres, las amas que las han criado ó personas de intachables garantías, ó que contraigan matrimonio, en cuyo caso se las entrega la quinta parte del producto líquido de las labores que hubiesen ejecutado desde su entrada, y ademas se les regala un vestido.

V.

Del benéfico objeto que se proponen los establecimientos de la *Inclusa* y *Colegio de la Paz*, bien puede conocerse cuántas ventajas obtienen los infelices protegidos por sus piadosos institutos. Pero si damos á conocer otros pormenores, rogando á nuestros lectores que nos acompañen en la rápida visita interior que vamos á ofrecerles, no podrán menos de celebrar el escelente estado en que se halla en Madrid moderno, la beneficencia pública. Parece que el corazon se ensancha cuando se contempla un local cualquiera de amparo y proteccion para desvalidos ó desgraciados. ¡Cuánto mas no deben agradecerse instituciones piadosísimas que arrebatan á la implacable muerte inocentes seres, colocados al borde del sepulcro antes de saludar la cuna! ¡Cuánto bien no se debe á establecimientos generosos que salvan para la sociedad muchos individuos, que de otra manera poblarian acaso los lupanares ó los presidios!

Porque si la *Inclusa* conserva la existencia de las criaturas y salva el honor de las madres, el *Colegio de la Paz* educa moral y religiosamente á las niñas, preparándolas para el gobierno económico de una casa, de una futura familia. Enséñanse ademas en él aritmética música y mil diversas labores propias del sexo. Los bordados en algodon, seda, tul, plata y oro, los trabajos en pajas finas y calados con cerda, compiten muchas veces con los de las mejores fábricas. Se dedican muchas al cosido de guantes para los establecimientos de la córte, y otras, en fin, llegan á lucirse en diversas especialidades.

Bien es verdad que la distribucion de horas para trabajar, para alimentacion y recreos se hallan tan bien combinadas que difícilmente podrian señalarse otras. Ellas mismas alternan semanalmente en el servicio de la cocina, lavadero, limpieza de la casa, almacen y enfermería, empleándose diariamente doce en estos quehaceres domésticos. Pero sobre todo, despues de la buena direccion que preside en ambos establecimientos, debemos reconocer que las hermanas de la Caridad á cuyo cargo está encomendado su gobierno interior, cumplen perfectamente con su cometido. En la *Inclusa* prestan sus cuidados dos hermanas en el *torno* y en la sala de lactancia, una en el lavadero con cuatro amas que la asisten alternando, otra en la cocina con dos amas, y otra en la sala de destete, operacion que tiene lugar al cumplir los expósitos quince meses. En el *Colegio de la Paz*, cuidan dos hermanas de la Caridad de la portería, seis de las escuelas, dos de la enfermería, una del almacen y dos de la cocina. Inútil es decir que la limpieza de todos los dormitorios, de los comedores, de la sala de lavarse, del salon de lavatorio para las criaturas, con estensos y blancos mármoles, debido al Excmo. señor gobernador civil Ordoñez; de las salas de clases, de la capilla, de los patios y corredores, nada deja que desear. Unicamente la antigüedad de la casa, la mala distribucion de algunas habitaciones y la situacion topográfica del edificio, nos hacen esperar que algun dia, quizá no muy lejano, se levante una nueva *Inclusa* y un nuevo *Colegio de la Paz*, en donde la humanidad reciba iguales consuelos, por los que alcen al cielo plegarias de gratitud los inocentes seres que en ambos establecimientos se albergan.

Y no se crea que se trate, como ya hemos indicado anteriormente, de reducido número de desgraciados á quienes las instituciones filantrópicas de la *Inclusa* y *Colegio de la Paz*, amparen y dirijan por el camino de la vida. Por término medio pueden calcularse en unos mil quinientos los expósitos que entran un año con otro, como demostraria un estado detallado de entradas y existencias. Pero dando á conocer á nuestros lectores las cifras de diversos años, podrán comprender la diversidad de existencias con que en un año ó en otro cuenta el establecimiento. Así por ejemplo, los años de 1838 y de 1847 fueron notables por sus *períodos ascendentes*. En el primero las exposiciones fueron de mil quinientas cincuenta criaturas, y en el segundo de mil quinientas cuarenta y siete. En 1840 solo entraron en la *Inclusa* mil doscientos noventa y siete expósitos, y en 1841 entraron mil trescientos treinta y siete, subiendo paulatinamente á mil trescientos setenta y tres el año 1843, si bien habia esperimentado aun la entrada mayor alza en 1837, que fueron los expósitos nuevos mil cuatrocientos cuarenta y ocho. La cifra que nos han presentado en estos dias las hermanas de la Caridad, como reciente en la *sala de collares*, indica ya que las exposiciones que se habrán verificado á fines del corriente año, no dejarán de ser numerosas. Afortunadamente el progreso de los salvados es siempre ascendente, lo cual habla muy en favor de la administracion de la casa, siendo de esperar que la mortandad será cada vez menor, mientras, como sucede fatalmente en estos momentos, no se ensañe contra la vida de las infelices criaturas, la viruela, el *sarampion, ú otra epidemia reinante*.

Nada despreciable es tampoco el número de las niñas que se educan ó dependen del *Colegio de la Paz*, pues se cuentan mas de doscientas setenta colegialas, que rinden con su trabajo numerosas labores. Como cálculo aproximado, puede considerarse que fabrican un año con otro, de dos mil quinientos á tres mil pares de guantes de piel, cosen mas de doscientas sábanas y tejen mas de trescientos sombreros de paja. Ha habido año en que las varas de esterilla fina que se ha labrado pasaban de trescientas cincuenta, fabricándose además gorras, petacas, cintas caladas de paja, etc., etc. Los pares de calcetas de punto han llegado muchas veces á doscientas anuales, y contar las almohadas, los manteles y servilletas, las camisas, los pañuelos, las enaguas y guarniciones, las mantillas, etc., que se han cosido ó bordado, seria acumular aquí una respetable estadística.

Bastará, en fin, lo dicho, para demostrar que merecen ambos establecimientos la atencion continuada del gobierno lo mismo que del público, pues Madrid moderno, con el grandioso ensanche que habrá recibido dentro de algunos años, exige nuevos y grandes edificios de beneficencia, con toda la elegancia, todas las comodidades que requieren los adelantos de la época, porque si consuela y satisface hoy el estado de esta clase de establecimientos, debemos desear por la honra del país que sean muy pronto colocados á la altura de los mejores de su clase en Europa. Mucho lo anhelamos para bienestar de los desgraciados y satisfaccion de nacionales y estranjeros.

***

A ELISA,

MI ÚNICA HIJA, MUERTA A LA EDAD DE OCHO AÑOS.

Yo, de honda pena herido,
cerré sus ojos bellos; yo su boca,
de amores casto nido;
y la bendije, y la lloré... ¡Ay! de roca
dura es mi corazon, cuando en el pecho
ya, de tanto sufrir, no se ha deshecho.

—

Quedó mi dulce Elisa
como ángel que reposa en sueño blando;
inefable sonrisa
iba su rostro virginal bañando,
y su apacible frente inmaculada
vi de luz de los cielos *coronada*.

—

Entrambas manos yertas
cruzadas en el pecho las tenia;
teníalas abiertas
sobre una santa imágen de María,
á quien antes llamó, con fiel memoria,
de su sereno tránsito á la gloria.

—

¡Oh noble criatura!
¡Oh, de belleza y humildad modelo!
¡Oh flor modesta y pura!
Cuando rompió tu alma el flaco velo,
gimieron mis entrañas, muda al verte,
y por primera vez gimió la muerte.

—

¡Oh madres, que en los brazos
arrullais, con cantar que al alma llega,
entrañables pedazos
de vuestro ser, y con ternura ciega!
decidme, ¿habrá en el mundo mas rigores?
¿No es el mio el dolor de los dolores?

Ventura Ruiz Aguilera.

TANGER.

Un entendido oficial de nuestra armada nos ha proporcionado la vista de Tánger, que hallarán nuestros lectores en este número. Es un trabajo exacto y el que

mejor idea puede dar de esa importante ciudad, situada al otro lado del Estrecho, centro de las relaciones de Marruecos con las potencias europeas, emporio de su comercio esterior, y residencia del ministro de Estado marroquí y de los cónsules de las diversas naciones. Tánger tendrá hoy unos quince mil habitantes; calles estrechas y sucias, aunque mas amplias que las de Tetuan; algunas casas á la europea; un muelle magnífico pero destruido por los ingleses en 1684 y no reparado por los moros; la alcazaba residencia actual de Muley-el-Abbas; una gran mezquita y una vasta plaza ó Zoco. Ciudad amurallada en lo antiguo, conserva sus fortificaciones artilladas, aun que malas. Entre la primera y la segunda puerta de las murallas están las tiendas y fraguas de los armeros. Ademas del *Zoco Sraré* ó mercado interior, donde se reunen todas las mañanas los labradores que buscan trabajo y los esclavos que van por agua á la fuente, está el *Zoco de Barra* en la parte esterior en la ladera de una colina donde los jueves y domingos se celebra una gran feria. Entre este Zoco y la muralla está el sepulcro del morabito Sidi Mecfi, muerto en olor de santidad hace unos treinta años; mas allá del Zoco, en la cima de la colina se halla el *cahuar* ó *kehuar*, ó sea el cementerio de los musulmanes, y al otro lado una quebrada profunda que baja hácia el mar, conduce á una esplanada donde está el *mearrah* ó cementerio de los judíos. A su izquierda está el *camino de los embajadores*, llamada así porque toda persona encargada de alguna mision cerca del sultan entra por él en la ciudad.

Lo que hace mas importante á Tánger, ademas de ser el centro de la política esterior es su situacion en el Estrecho. Por eso es objeto de la tierna solicitud de los ingleses, que teniendo en frente á Gibraltar, no quieren que nadie les dispute en la costa marroquí una influencia que podria ponerles en situacion de cerrar el paso de uno á otro mar á sus enemigos.

EL SEÑOR PICCO.

En estos últimos dias se ha presentado en la escena de la Zarzuela un artista que interesa, tanto por su habilidad que es mucha, como por su desgracia. Hablamos de Picco, que saca de un simple silbato de tres agujeros sonidos de ruiseñor.

Picco, ciego de nacimiento é hijo de unos pobres labradores sardos, recibió del cielo en compensacion una organizacion música admirable; y con ella pudo desde niño hacerse distinguir sacando de un instrumento tan defectuoso é incompleto como es el silbato, ó *zufoletto* como le llaman en su país, escalas de tres octavas y media, moduladas como los sonidos de un violin, y puras como los del mejor piano.

Picco se presentó por primera vez al público como concertista en la *Scala* de Milan, donde obtuvo un éxito brillante de sesenta representaciones en 1855. En el mismo año se presentó en Roma, donde la Academia llamada de Santa Cecilia le espidió el diploma de profesor de *tibia pastorale* y el título de académico honorario. Desde Roma pasó á Inglaterra, donde estuvo cuatro años, y donde alcanzó gran fama y proporcionó grandes ganancias á los empresarios; el año pasado se hizo oir en París, y este año hemos tenido el gusto de oirle en Madrid. Ponderar su habilidad y su ejecucion, es imposible: los que no le hayan oido no podrian formarse idea de ellas: sobre todo en el *Carnaval de Venecia* la perfeccion de su desempeño es maravillosa. El público español como el estranjero ha hecho justicia á su mérito, y le ha colmado de aplausos.

PICCO.

PROVERBIOS EJEMPLARES.

ESCUPIR AL CIELO.

CAPITULO III.

DE CÓMO LOS MOROS HIRIERON Á JUAN ROBLES, Y CARTA QUE DOLORES LE ESCRIBIÓ, EN CONTESTACION Á UNA SUYA.

El laurel de los siete siglos, que habia reverdecido con lozana pompa en la guerra de la Independencia española, á principios del presente, daba ahora coronas para los héroes que vengaban en el imperio de Marruecos la funesta memoria del Guadalete. La voz de España ultrajada conmovió profundamente el corazon de todos sus hijos, y el labrador dejaba el arado, y el artesano el taller, y el estudiante los libros, para alistarse en los ejércitos nacionales, ó ayudar de alguna manera á sus hermanos. Las damas de la nobleza, las señoras de la clase media y las mujeres del pueblo, bordaban banderas, cosian vendajes, preparaban hilas, y todas las municipalidades, hasta las mas pequeñas, y todos los ciudadanos, hasta los indigentes, corrian á depositar grandes ofrendas ó el humilde óbolo en el altar de la patria.

Juan Robles, teniente en uno de los batallones que permanecieron en la península durante esta guerra, solicitó al principio de ella pasar á Africa, y obtenida la gracia, se halló en la mayor parte de las acciones y batallas que tanto levantaron el nombre español á los ojos de Europa, la cual injustamente nos consideraba como un pueblo degenerado é incapaz de sostener el brillo de nuestros antiguos blasones.

Dos causas habian principalmente influido en el ánimo de Juan Robles, para abandonar el sosiego y regalo de las ciudades, por las inquietudes y trabajos de una guerra, que ofrecia ser de esterminio, y en la que por consiguiente, no quedaba otro remedio que matar ó morir. Determinóle á ello, en primer lugar, su patriotismo, aguijoneado por su juvenil ardor que no le hubiera permitido ser indiferente á lo que, mas ó menos, á todos interesaba; y en segundo, su mucho amor á Dolores. Viéndose á los treinta años de edad tan poco adelantado en su carrera, por falta de ocasiones en que aventajarse, y de favor en la córte, y habiendo dado palabra de casamiento á Dolores, queria ser mas digno de su mano, aumentando con hazañas gloriosas los títulos para merecerla, al par que miraba por sus propios medros personales.

En cuanto á su conducta como militar, su buen juicio le hacia comprender sus deberes de una manera muy distinta del vulgo de los que las armas profesan. Creia él que un buen soldado no debe limitarse en ciertos casos al cumplimiento de las obligaciones *mecánicas*, digámoslo así, impuestas por la ordenanza; sino dar muestras de espíritu levantado y generoso, con el sacrificio de sus comodidades, y hasta el de su propia vida, si el bien, ó la comun salvacion lo exigiesen; así como tampoco un médico cumple ese alto deber, que llamaré *moral*, si, afligida por una epidemia la poblacion en que reside, no lleva á los enfermos los consuelos de la ciencia, bajo el pretesto de que no es facultativo titular, ni facultativo *igualado*.

Estos dos amores santos, el amor á la patria y el amor á la mujer, que, juntamente con el de la religion, son el orígen de todo lo bello y de todo lo grande que existe en el mundo y honra á la humanidad, habian conducido, pues, á los campos africanos á Juan Robles, sirviéndole en ellos de consuelo y de guias.

Testigos fueron de su prudencia y conocimientos militares, así como de su ánimo esforzado y bizarría, segun las circunstancias, todos sus compañeros, á quienes no digo que podia servir de modelo, porque en esta campaña gigantesca y singular, soldados y oficiales, en su respectiva esfera cada uno, se elevaron á una altura igual, rayando en heroicidad hasta donde le es dado á la naturaleza humana. En una de las mas furiosas batallas, recibió Juan Robles una herida grave de gumia en el brazo izquierdo, y habiéndole hecho sobre el campo la primera cura, trasladáronle despues á uno de los hospitales que la caritativa ciudad de Málaga tenia dispuestos, dentro de su recinto, para los defensores de nuestra honra y de nuestra grandeza, que los necesitasen.

Así que estuvo en disposicion de tomar la pluma, escribió á Dolores la siguiente carta, constándole que ya ella tenia conocimiento de su estado por otro conducto:

«Dolores mia: me dicen de esa que, al recibir la noticia del pequeño contratiempo que aquí me tiene postrado, aunque alegre, en cuanto cabe que lo esté ausente de tí, caíste desmayada en brazos de tu mamá; y que, sin embargo de recobrar pronto el conocimiento, como desde mi venida á la guerra andabas delicada, con este motivo se ha agravado tu mal de tal suerte en pocos dias, que si tú misma no procuras vencerlo se convertirá tu tristeza en una verdadera enfermedad. No es esto lo que me prometíste, Lola. ¿Hubiera yo solicitado venir á la guerra, á sospechar que tu fortaleza sucumbiria al primer golpe contrario de la fortuna? Digo contrario, y digo mal, puesto que un accidente que ni siquiera merece la pena de mentarse, al paso que me acerca y eleva mas á tí, que eres tesoro de mi corazon y alma de mi alma, me hace acreedor á la gratitud y al aplauso de la nacion entera, cuyo amor y entusiasmo inagotables animan á los hijos suyos que en Africa pelean.

»Pongo en tu noticia que, á consecuencia de las dos últimas acciones en que me hallé, soy capitan graduado: ya ves que no puedo quejarme. ¡Cuántos y cuántos pobres, acaso con mas mérito que yo, no habrán conseguido ni la mitad del premio que á mí se me concede! Fuera de esto, Lolita, consuélete la idea de que mi desgracia, si tal nombre merece, no tiene punto de comparacion con la de mil y mil infelices, que caian á mi lado, á quienes habia que socorrer al punto para que no espirasen allí mismo, separados de sus padres, de sus madres, de sus hermanos, de sus amigos, y en suelo estranjero, y que si conservan la vida será de milagro, quedando inútiles quizás para el resto de ella.

»Demos, pues, gracias á Dios, y tengamos confianza en él, que cuando este mal me ha enviado, no podrá ser sino para bien; y pídele que me ponga bueno, para volver á embarcarme, y dar tras los enemigos de su nombre y del nombre español, que tradicionalmente aborrecen y detestan. Acuérdate mucho, mucho de tu

J. R.»

(Se continuará.)

1860.—VENTURA RUIZ AGUILERA.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO DEL NUMERO ANTERIOR.

Entre cada dos mujeres media un mundo.

AVISO.—Los señores suscritores cuyo abono concluye á fin de este mes, se servirán renovarlo si no quieren esperimentar retraso.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.—IMP. DE GASPAR Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4.